*Escenas callejeras.*

Como se ve, bajo la apariencia de un mediocre se oculta un *comedor* extraordinario.

Aviso á quienes invitan á su mesa á quienes apenas si conocen.

*Ptolomeo.*

## TIPOS DE FERIA

**ÉL**

Morena fisonomía,
con patillas *boca é jacha*,
prosopopeya en la facha,
y algo de gitanería;
andares de señoría,
mucha gracia y desparpajo,
camisa de cuello bajo,
bota abierta y marsellés
y un sombrero *calañés*,
y tenéis al punto... un majo.

**ELLA**

Una carita hechicera
con mantilla de caireles
peina de teja, claveles,
y camisa de chorrera;
brillantes en la pechera
ciñendo el talle una faja
la falda color de paja,
una chupa muy vistosa,
y si la niña es graciosa,
tenéis al punto... una maja.

*J. Alcaide de Zafra.*

## El bizcocho de las monjas.

En la grata confección
de bizcochos excelentes
son asombro de las gentes
las monjitas de Chinchón.
Y así como sé que hay varios
sujetos cuyos favores
pagan ellas con labores,
cajitas y escapularios,
á mí, en pago de un escrito
que hubieron de encomendarme,
resolvieron obsequiarme
con un bizcocho manguito.
Dicen que sor Victorina
lo hizo con fe: no lo sé;
ello es que me puso más fe
que azucar, huevo y harina.
¡Qué bizcocho! Desde allá
me lo mandaron á mí,
y dije en cuanto lo vi:
«¡Demontre, qué duro está!»
Sin duda llevaba mucho,
mucho tiempo de estar hecho,
así es que me fuí derecho
en busca de un buen serrucho
para poderlo partir;
mas no lo pude lograr.
¡Yo, qué modo de apretar!
¡Él, qué modo de crujir!
Con un cuchillo sencillo
quise después darle un tajo,
y tras de mucho trabajo
lo que partí fué el cuchillo.
Luego, para que cediera
le di un martillazo bueno;
¡y el bizcocho tan sereno,
sin ofenderse siquiera!
Después, llorándole yo,
de cosas tristes le hablé;
pero todo inútil fué,
porque no se *enterneció*.
El trance era pistonudo,
y pedí auxilio á Barroso
qne es heredero *forzoso*
y debe de ser forzudo,
y cual si partiese leña,
le hirió con el hacha impía;
¡pero el bizcocho seguía
tan duro como una peña!
Desesperado, tiré
cuatro tiros al bizcocho,
y otros cuatro: total ocho
¡pues nada, ni le asusté!
Por fin, á la superiora
de las madres de Chinchón
le hice saber el *tesón*
de su bizcocho, y ahora
me responde que no acierta
la causa, pues para mí
lo habían sacado allí
del estanque de la huerta,
donde con gran interés,
un sacristán, que era cojo,
lo tuvo puesto en remojo
desde el año veintitrés.
Así que venció á los bronces
y triunfó del pedernal;
tiré el bizcocho al corral,
y he vivido desde entonces
sin saber el paradero
que Dios le ha dado, hasta ayer,
que pasé por el taller
de Benito el cerrajero.
¿Sabéis lo que á la sazón
era el yunque á Benito?
Pues el bizcocho manguito
de las monjas de Chinchón

*Juan Pérez Zúñiga.*

CURIOSIDADES

## EL HOMBRE QUE MÁS COME

Muchas veces nos hallamos con que la nota más curiosa del día, si ha de revestir cierta palpitante actualidad, la constituye uno de esos fenómenos vivientes que de tiempo en tiempo nos muestra la Naturaleza, queriendo, sin duda, hacernos patente que para ella no hay nada difícil por extraordinario que parezca.

Presentado un caso de estos, no falta luego quienes lo imiten con acierto en mayor ó menor grado aproximado á la anómala realidad; pero el hecho verídico y fehaciente, el cierto y exacto, permanece indudable por cima de todas las imitaciones que la industria concibe é idea.

Recordando sucesos que todos hemos presenciado de cerca, expresaremos con mayor claridad nuestro pensamiento. Existió el hombre incombustible; vivieron los hermanos Siameses; hay un hombre flexible... Pues bien; pronto vimos en todas las ferias sujetos que se comían estopas ardiendo, y que no se quemaban, permaneciendo breve rato sobre el fuego, gemelos unidos por su tronco y dislocados hasta un grado exagerado.

Pues esto mismo es lo que ocurrirá pronto, á pesar de ser muchas más y otras haber que vencer con «el hombre que más come», que aún no hace dos semanas se ha revelado en Edimburgo.

No es que este sujeto, como ha habido y existen algunos (más de los que se exhiben), ingiera en su estómago substancias que nada tengan de alimenticias, tales como vidrios, piedras, aceros, etc. No es tampoco que en comer gaste grandes cantidades de dinero, por ser sus viandas escogidas y de calidad, ni que como heliogábalo que comía muy poco, pero que aderezaba sus platos con perlas trituradas, y se hacía servir, por ejemplo, una fuente de lenguas de pavo real, como caprichosas viandas. Se trata sólo de un hombre que come, en cuanto á manjares, lo mismo que pueda comer cualquiera, y cuya única particularidad consiste en que, mientras cualquiera de nosotros ingiere, como es consiguiente, la parte que equivale á una ración, él necesita para aplacar su apetito lo equivalente á seis ó siete de aquéllas.

Muchos ejemplos registra la Medicina legal de casos análogos, y aquí en España no hace tantos años que en Madrid llamó la atención un príncipe de Baviera, que, después de trinchar con la habilidad de un consumado director, y de comerse con gran apetito un par de pavos asados, solía exclamar: —«¡Que me sirvan otro *pacarito!*»— denominando así á otra de aquellas

El hecho es rigurosamente exacto, y de él pudieran dar todavía testimonio muchas personas, entre ellas, algunos médicos españoles eminentes.

El hombre que ha llamado la atención en Edimburgo es un marinero dinamarqués, y su rara cualidad se ha hecho pública merced á una apuesta que con varios amigos sostuvo y ganó, consistente en comerse media vaca, 15 quilogramos de pan y dos *pintas* de cerveza.

A contar desde este triunfo gastronómico de Bavysson—que así se llama el marinero—, su celebridad ha sido extraordinaria y llegada hasta Londres.

Este sujeto no necesita de alimentos apetitosos ni escogidos, y antes prefiere para sus *inmensas* comidas platos vulgares, y aun ordinarios, tales como guisos de patatas, arroz y otras legumbres, que aves y carnes.

Bebe ordinariamente muy poco comiendo; pero también puede ingerir en su estómago grandes cantidades de líquidos, de todos los cuales prefiere el agua.

Después de comer, y en la digestión, no experimenta la menor molestia ni dificultad alguna.

Por último, su aspecto en nada indica su buen apetito, y más bien es delgado y musculoso que grueso y linfático. Sus fuerzas son las de un hombre normal, y su abdó-

Biblioteca Virtual de Castilla La Mancha. Daimieleño, El. #100; 17/6/1900.